

primer día se pasó revista á todos aquellos que debían tomar parte en un torneo; marchaban precedidos de heraldos, pajes y escuderos, con divisas y escudos, en los cuales se hallaban escritos versos de Perigni, de Benserade y de otros que sabían hermanar el buen gusto y la agudeza con alusiones felices, en el estilo entonces de moda. Iba el rey á caballo, esparciendo rayos de luz de los diamantes que adornaban su corona. Últimamente venía cerrando la comitiva un elevado carro del sol, rodeado de las estaciones, de las cuatro edades, de las horas y los signos del zodiaco, marchando todos al sonido alternativo de las trompas, cornamusas y violas, siguiendo detras varios personajes que recitaban versos dedicados á la reina, la cual se hallaba bajo unos arcos triunfales en compañía de mas de treiscientas damas para ver y ser vista. Terminando el día y con él las justas, mas de cuatro mil antorchas iluminaron el espacio, lleno de fiestas y de amores, y se sirvieron las mesas por doscientos personajes, entre los cuales figuraban faunos, silvanos, driadas, estaciones, pastores, vendimiadores y segadores. Pan y Diana, que se hallaban sobre una montaña movable, descendieron para colocar sobre los manteles todas las producciones mas exquisitas de los campos y de los bosques. Muy poco despues, y como por encanto, apareció detras de las mesas un teatro semicircular, lleno de músicos, alumbrado con candelabros de plata como el resto del espectáculo, y cerrado por una balastrada dorada. Suprimámos la descripción de las fiestas de estos siete días, en las que Luis XIV ganó cuatro veces el premio de los juegos, dejando despues que los caballeros se disputasen los demas. Molière, con la *Princesa de Elide*, contribuyó tambien en mucho con sus infinitas alusiones á la amenidad de estas fiestas.

Con aquel fausto debía producir gran contraste la sencillez de los Holandeses, pues el gran Witt solo tenia un criado; y el almirante Ruyter que acababa de obtener señaladas victorias, llevaba él mismo la maleta desde la embarcación á su casa, y nunca se le vió en coche. No agradaban mucho á Luis aquellas cualidades, porque personas de tan cortas necesidades no se dejaban corromper con facilidad, y así es que Wit resistió á sus espléndidas seducciones.

Elegancia de la corte.

Mas no puede negarse á Luis el mérito de haber fundado parte de la ciencia del gobierno en la elegancia de la corte y la dignidad de la nación. Sabía herir la imaginación, y obtenía su objeto, que consistía en sacrificar impunemente los intereses del pueblo, y en hacer necesaria la corte á los señores que por ella abandonaban sus castillos, en los que aun sobrevivían las ideas de resistencia. *¿Qué se hace? ¿qué se dice en la corte?* Esta era la pregunta que todos hacían. La corte era el centro de todas las intrigas y el modelo de la elegancia: había placeres para todas las edades y sexos, y servían

de mofa todas las virtudes domésticas y la sencillez de la vida de los campos: en las mascaradas y comedias se ridiculizaba la sencillez de los aldeanos, de modo que la insolencia llegó á convertirse en servilismo. Algunos destierros y beneficios bastaron á extinguir el espíritu de oposición, reducido por entonces á pueriles intrigas. Los príncipes, que poco ántes amenazaban á la corte con retirarse á sus Estados, fueron sumisamente á constituirse presos en la Bastilla á disposición del ministro. Los grandes olvidaron su antigua independencia para ir á hacer la corte: disminuyeron con exorbitantes gastos su fortuna, y con ella el respeto que se les tenia. Para repararla, efectuaron enlaces con la clase média, á la cual habían despreciado ántes, y comenzaron á desaparecer las distinciones en medio del fausto universal.

Colbert se desconsolaba al ver que era preciso mantener á todos aquellos nobles que carecían de hacienda; pero Luis sabía convertirlos en instrumentos para satisfacer su ambición. Multiplicó los oficiales y disminuyó el ejército; abrió á los nobles el comercio marítimo, pero sus preocupaciones les impidieron dedicarse á él, y de aquí nacieron los caballeros de industria. La nobleza adulaba para obtener títulos y pensiones, introduciendo máximas de opresión para el pueblo; en medio de un brillo prestado y de un poder artificial, perdió todo su prestigio como cuerpo político, faltándole los dos lazos principales, es decir, los Estados Generales y la convocación de guerra. Confundida ya con el ejército, se acostumbró á una sumisión á la que como vasalla se hubiera negado, y permitió tambien que la antigüedad del nacimiento fuese pospuesta á la antigüedad en el servicio.

Todos tenían libertad para hablar al rey, pero solamente al ir y volver de misa, ó cuando pasaba de un aposento á otro, si bien tenían que reducirse á pocas palabras, á las cuales respondía siempre: *Veré*. Despues de esto, remitía todos los asuntos á sus ministros, hasta las cartas mas reservadas. Si por casualidad podía llegar alguno hasta él, le encontraba deseoso de saber la verdad, justo en hacerse cargo de las preocupaciones, y tolerante cuando le replicaban. De modo que tenían gran cuidado de alejar de él á todos para que no se disminuyese el desmesurado poder de los que le rodeaban. Pero con una ilusión propia de los ánimos limitados, creía obrar por sí, cuando no hacía otra cosa mas que seguir á los demas: sostenía « que se reina por medio del trabajo; que las funciones de un rey consisten en dejar obrar al buen sentido; que un rey debe decidirse por sí mismo, porque solo los señores pueden determinar; y que en el caso en que la razón no pueda ya aconsejar, él debe guiarse por el instinto que Dios ha dado á todos los hombres y mas principalmente á los reyes (1). » ¡Extraño orgullo es el creer que esté reservada á los

(1) *Mém. de Louis XIV*, tomo I, págs. 19, 21, 43.

monarcas una inspiración especial! Calificaba de trabajo asiduo el tiempo que perdía en pequeneces: daba gran importancia á los consejos de Estado, creyendo de este modo dirigir el mundo; pero lejos de ver las cosas del modo que Richelieu y Mazarino, y lejos de poseer su fuerza de voluntad, se dejaba llevar de los caprichos y de las pasiones; era siempre solícito en atender á trivialidades, inepto para los vastos proyectos, y carecía de aquella moderación que es uno de los caracteres de la fuerza; en la elección de sus ministros y secretarios consultaba únicamente á su capricho, prefiriendo no á los que mostraban un talento superior, sino á aquellos que ignorándolo todo, tenían que aprender de él. Segun nos dice el canciller Le Tellier, de veinte asuntos que se le atribuían como suyos, diez y nueve decidía de acuerdo con el ministro; pero para demostrar que él era el rey, se reservaba el contradecir alguno, sin mas razón que el estar tal vez muy recomendado.

Gustaba se le informase de toda clase de puerilidades, de galanterías y vulgaridades: una turba de emisarios le referían mil aventuras con arreglo á las cuales daba ó quitaba su gracia, y en vista de las cuales decidía de las personas, sin que sirviesen para hacerle cambiar de resolución las pruebas en contra que pudiesen darle. Mientras tuvo á su alrededor á aquellos grandes hombres que Mazarino le había dejado, calculaba con prudencia, obraba con precisión, preparando los acontecimientos en vez de esperarlos, haciendo tambien concurrir á sus fines á los hombres, al tiempo y á las circunstancias; pero lo que prueba que fué casual la acertada elección de los primeros, fué la mala elección de los últimos. Porque si en su juventud, al revés que los demas, todo fué política y sagacidad para conservar la paz, rehusando siempre comprometer su hermosa marina, mas tarde fraguó guerras ciertamente por nada, haciendo recaer sobre la Francia el odio y la desconfianza acumulados contra la casa de Austria. Estos efectos se debieron á los ministros, y la envidia entre Louvois y Seiguelay costó á la Francia torrentes de sangre. Luis poseía cualidades especiales para impedir el engrandecimiento de los demas, y al querer engrandecerse le causaban disgusto todos los que tenían importancia personal, un nacimiento elevado, gloria ó talento. Alejó del consejo á los príncipes de la sangre y mas tarde del mando de las tropas. Tenía envidia de la habilidad de Colbert y de Lionne, así como tambien del valor de Condé y de Luxemburgo. De aquí se desprende que el arte de los que le rodeaban consistía en no manifestarlo, y en disimular el dominio de Lionne sobre el rey que tomaba la forma de un consejo, el de Louvois de una lisonja, y de amor el de la Maintenon.

Cuando el rey no era ya solamente el primero de los poderes, sino que tambien concentraba en sí mismo todos los elementos de la socie-

dad, llegó á hacerse importante su vida privada, pues que había comunicado al Estado las debilidades inherentes á la naturaleza humana. María Teresa, su esposa, que era mujer de costumbres puras, pero de escaso talento, inepta para mantener un círculo, y extremadamente celosa, no le cautivó el corazón, y él lo entregó á una serie de amigas, algunas de las cuales han cobrado tanta fama como él mismo. Luisa Francisca le Blanc de la Beaume se enamoró de Luis, despreciando el amor y la mano de muchos, hasta tanto que el rey lo advirtió y la correspondió, venciendo su honor y su devoción. Supo conservar el pudor aun despues de perder la virtud, y sustrayéndose á los homenajes que se le tributaban en premio de su debilidad, veneraba en el silencio de su corazón un sentimiento que debía expiar amargamente. Habiéndose extendido la voz de estos amores, se retiró á un monasterio; mas Luis lo supo, y sacándola de él la dió el título de duquesa de la Vallière: á pesar de todo, ni los hijos que tuvo de él, ni su gracia y dulzura lograron detener el voluble corazón de Luis. En efecto, muy en breve la pospuso á la señora de Montespan, y cuando aquella se le quejó de esto, Luis respondió que su sinceridad no le permitía negarlo, y que ella debía conocer que un rey como él debía tener libertad. Volvió, pues, la Vallière á la contemplación de Dios, de la cual la habían sacado sus amores en que tan poca parte tuvo la ambición. Quiso retirarse al campo, pero el rey no lo consintió por temor de que se casara y defraudase á sus hijos de los suntuosos regalos que les había hecho. Encerróse, pues, en las Carmelitas, y Bossuet pronunció con este motivo un magnífico discurso. Luis la compadeció entonces para olvidarla despues. En esta época la Vallière cumplía cuarenta años, y hasta los setenta y cinco vivió en aquella religiosa orden, en que se dormía en un sepulcro; y habiéndose dicho un día que había muerto su hijo, exclamó: *Debo llorar más su nacimiento que su muerte*.

Muy distinto corazón poseía aquella que la substituyó, es decir, Francisca de Mortemart, esposa del marqués de Montespan. Era hermosa y de vivo ingenio, y supo atraerse la atención del rey con sus dichos agudos mas bien que con su belleza, procurando huir en un principio de las asechanzas de Luis; pero no siendo secundada por su marido, tuvo que sucumbir, y de este doble adulterio nacieron ocho hijos. La Montespan pensó ménos en ocultar el escándalo que en asegurar por este medio su fortuna; mas tarde (cosa que la Vallière había evitado) quiso mezclarse en los negocios, tomó parte en los consejos, y se la pedía su parecer; teniendo tambien el talento de tolerar los caprichos del rey, á quien ofrecía frecuentes conquistas amorosas una corte donde se premiaba el vicio. Colbert se aseguró en la gracia de su señor interviniendo en la clandestina fecundidad de

La Vallière. 1634.

La Montespan. 1641-1707.

la Vallière y en las intrigas de la Montespan (1). ¡Tales eran los servicios en que empleaba el gran rey á sus ministros!

La Montespan ayunaba con escrupulosidad, de lo que habiéndola manifestado su admiración la duquesa de Usez, aquella le contestó: « ¡Pues qué! porque yo haga un mal, ¿debo cometer todos los demas? » Su conciencia no se hallaba muy tranquila, y Luis XIV también daba principio ya á sus alternativas de amor y de devoción, continuando de este modo muchos años una lucha entre el deber y la pasión. La Montespan inspiró ó alimentó en Luis el amor á la magnificencia; refinó su mal gusto, favoreció á los grandes literatos de aquel tiempo y á los hombres de verdadero mérito, y el rey le fué deudor de muy excelentes consejos. El dominio que ejercía sobre este y el alarde que de ello hacía, la ligaban á él todavía mas que el cariño, por lo que se dijo con razón que la Vallière amaba á Luis, y la Montespan al rey.

Estas dos mujeres se hicieron célebres por entregarse al rey, pero otra alcanzó por su resistencia la misma celebridad, y su vida constituye una completa novela. Francisca de Aubigné nació en las prisiones de Niort, donde su padre, que era protestante, se hallaba encerrado por deudas, y allí permaneció hasta que á la edad de tres años fué conducida por este á la Martinica para no tener que abjurar su religión. Habiendo vuelto á Francia en el apogeo de su juventud y de su talento, se hizo calvinista y despues Católica por fuerza; pero hallándose sin recursos, sus amigos persuadieron á Scarron que sacase de la miseria á esta infeliz hermosura, y Scarron, que se habia hecho poeta por pura envidia, y que se hallaba enervado é impotente por sus vicios, se desposó con ella, pero no fué su marido. Colocada en medio de la sociedad libertina que Scarron recibía en su casa, en la edad en que el pudor se asusta hasta de mostrarse ofendido; en una ciudad en que las costumbres eran no solo libres sino desenfrenadas, brilló por su talento y por sus modales; pero celosa de su buena reputación, usaba de la mayor circunspección para no dar aliento á las tentativas, ni pretextos á la maledicencia (2); y en una época

(1) Entre las obras del gran rey, tomo V, p. 576, se encuentra esta carta.

A. M. Colbert.

San German en Laya, 15 de junio de 1678.

Siento que Montespan se permita razonamientos indiscretos. Es un loco, y me haréis un favor en no perderle de vista; y para que el pretexto de permanecer en París no le sirva de escudo, hablad á Novion á fin de que el parlamento se dé prisa. Sé que Montespan ha amenazado con hacer una visita á su mujer, y pues que será capaz de ello, debiendo temerse mucho las consecuencias, pongo mi confianza en vos para evitar que pueda hablarla. No olvidéis la importancia de este encargo, y haced principalmente que salga da Paris lo mas pronto posible.

Lord Malden, miembro del parlamento, y el célebre Fox hicieron estos oficios en favor de Jorge IV, y no lo tuvieron por baja, porque servían al rey. Véanse las Memorias de mistress Robinson.

(2) En sus conferencias de Saint-Cyr, al fin de su vida escri-

en que con tanta ligereza se hablaba de las mujeres, nada se dijo de la Scarron, ántes bien fué ensalzada tanto por su austeridad como por su belleza (1). Scarron al morir la dijo: *Os dejo sin recursos; la virtud no los proporciona, pero sed siempre virtuosa* (2). Luego que este hubo muerto desaparecieron de su casa todos los que la frecuentaban, dejando reducida á la Scarron á la limosna que recibía de la parroquia, viéndose obligada á vivir en un miserable cuarto con solo una criada; pero en la difícil posición de viuda cuidó siempre de conservar intacta su reputación, que era su ídolo en medio de tantos ataques. Ella misma escribió: « La habilidad mayor consiste en tener una conducta irreprehensible... Yo no pretendía ser amada de nadie en particular, pero sí quería que todos profiriesen mi nombre con elogios y respeto, y conseguir además la estimación de las personas honradas. » En atención á los méritos de su marido pretendió una pensión, pero en vano; é introducida por sus amigos en algunos palacios, desempeñaba en ellos las humildes comisiones de pedir leña, mandar poner el caruaje, y cuidar que estuviese bien servida la mesa (3); la necesidad de agradar le hizo aprender la ciencia del mundo. Nombrada al fin por la Montespan aya de sus hijos espúreos, no aceptó sino por orden del rey, y por la circunstancia de ser hijos de este: por otra parte, se sujetaba sin violencia á todos los inconvenientes de la reserva, y mandaba que la sangrasen á fin de no ruborizarse cuando la hablaban en las reuniones. Con las dádivas que el rey la prodigó, compró las tierras de Maintenon, cuyo nombre usó en adelante.

Luis al principio miraba con desconfianza á esta mujer, cuyo ingenio y virtud temía, pero ella procuraba por todos los medios posibles convertir al rey y á su querida, cuyo carácter consiguió dulcificar, cosa que el rey le agradecía, y le inspiraba cada vez mas confianza.

La Montespan, la orgullosa beldad que no podía resignarse con su desgracia, tuvo celos de su rival, no pudiendo soportar el verse obligada á ocultar el amor de que tanta ostentación habia hecho. De este modo fué perdiendo terreno en el aprecio del rey, quien cada día

bia: « Les femmes m'aimaient parce que j'étais douce dans la société, et que je m'occupais plus des autres que de moi-même; les hommes me suivaient parce que j'avais de la beauté et les grâces de la jeunesse. Le goût qu'on avait pour moi, était plutôt une amitié générale que de l'amour. »

(1) Scarron se chanceó hasta el momento mismo de su muerte. Oprimido por un violento hipo, del cual se creía que muriese, exclamó: *Si salgo bien de esta, compondré una buena sátira contra el hipo*. Viendo llorar á todos los suyos junto al lecho de su agonía, les dijo también: *Nunca os haré llorar tanto como os he hecho reír*. Y por epitafio se puso:

Passants, ne faites pas de bruit,
De crainte que je ne m'éveille;
Car voilà la première nuit
Que le pauvre Scarron sommeille.

(2) La Ninon, siendo ya anciana, decía que esta *dans sa jeunesse était vertueuse par faiblesse d'esprit. J'aurai voulu Pen guérir, mais elle craignait trop Dieu*.

(3) Todavía no estaban en uso las campanillas.

amaba mas á la Maintenon, y decía: *Esta sabe amar; ¡qué placer mas grande que ser amado por ella* (1)! Verdad es que las quejas de la Montespan y las amonestaciones de la otra no impedían al rey que se enamorase de la Fontanges; pero esta murió despues de haber contribuido á destruir la fascinación que causaba la Montespan, y al fin la Maintenon fué la encargada de despedir á su rival.

¡Qué golpe para aquella orgullosa mujer el tener que abandonar una corte tan brillante, y en la que por espacio de trece años habia figurado en primer término! Una vez retirada, se acogió á la religión; vivió en la oscuridad, mortificando su cuerpo y haciendo toda clase de beneficios, y se humilló hasta el punto de pedir perdón á su marido, que se lo negó entónces del mismo modo que se le habia negado cuando una criminal connivencia hubiera podido engrandecerle.

Luis, gastadas ya las fuerzas, habia ligado á su persona á un charlatan que por medio de frecuentes baños intentaba devolvérsele. La Maintenon se consideró como destinada por Dios para redimirle de sus vicios, y en efecto supo granjearse de tal modo su estimación que llegó á casarse con ella sin concederle ninguna distinción pública, pero sí todas las privadas. En la boda sirvió de testigo Louvois, al cual juró el rey que no la publicaría jamás; despues habiendo querido Luis publicarla, Louvois se arrojó á sus piés suplicándole que le matase primero. Aquellos severos magistrados, y los mismos austeros prelados que hasta entónces habian sufrido con paciencia los adulterios de Luis, se escandalizaron ante la idea de que en el trono de los Capetos pudiera sentarse la mujer de Scarron, la compañera de lecho de la Ninon; y los historiadores que encomiaron á Luis XIV adúltero, no le perdonan cuando pide humildemente la bendición para su matrimonio con una persona particular.

Para ella no habia secretos de Estado, y se tenían las conferencias en su gabinete. Respondía á los pretendientes que no podía nada: se hacia la ignorante con el rey, que la preguntaba muchas veces: *¿Qué le parece de esto á vuestro talento?* pero entretanto ella habia dispuesto ya el negocio con el ministro para inenar la voluntad real en favor de la persona ó cosa que deseaba. Importaba mucho á los ministros tener de su parte á esta mujer, que hallándose constantemente al lado del rey podía aprovechar el momento para derribarlos. Reservada por precisión con él, no podía dar á conocer entereza de voluntad, y se inclinaba á la intriga; pero cuando él la negaba alguna cosa, se ponía á llorar y caía enferma, y de este modo la consejía. La elevación de la Maintenon equivalió sin embargo á un retiro, puesto que solo veía á dos ó tres damas y raras veces á algunas mas. Escribía á la Maisonfort: « ¡Que no pueda yo

daros mi experiencia! ¡que no pueda demostraros el fastidio que devora á los grandes, y lo mucho que se fatigan para ocupar sus dias! ¿No conocéis que yo me muero de tristeza en medio de una fortuna que era locura esperar? Joven y hermosa, he gozado de los placeres, y fui querida de todos: en una edad mas madura he pasado algunos años en el ejercicio del talento; subí al favor, y os aseguro, hija mía, que en todos los estados hallo un vacío espantoso (1). »

Luis amaba á la Maintenon, á sus hijas y á la nuera, pero solo por sí, y con tal que no destruyesen sus designios y no le molestasen en sus horas (2). Quería que cuantos se hallasen á su lado fueran robustos, alegres y dispuestos á toda clase de excesos. Ni las enfermedades, ni la falta de fuerzas, ni las debilidades, ni el embarazo dispensaban á las damas, ni á sus hijas y amantes de presentarse con vestidos ajustados, bailar, comer y correr sin temor al aire, al sol ni al agua, segun mejor le parecia. La Maintenon, aunque estuviere indispueta, se veía precisada á asistir á la música y al consejo, que se celebraba al rededor de su lecho; y como al rey le gustaba respirar el aire libre, hacia que las ventanas estuviesen abiertas.

Por ninguna razón difería una partida de campo, ni dispensaba de asistir á ella á su nuera predilecta, aunque se hallase en cinta: abortó esta por fin, temiendo todos cuando se anunció en la corte que ya no concebiría mas, á lo que este (no me atrevo á decir hombre) dijo: « Y si así fuese, ¿qué me importa á mí? ¿no tiene ya un hijo? y si muriese también, ¿no está ya el duque de Berry en edad de casarse? » Si ha abortado sería una necesidad, y ni en mis viajes ni en cuanto me plazca hacer, quiero ser contrariado por la opinion de los médicos ni por las sandeces de una partera: iré y obraré segun me acomode, y que me dejen en paz (3). » Al oír estas palabras hasta los cortesanos se estremecieron.

Luis era también rey en sus amores, y obligó á la corte á inclinarse delante de sus bastar-

Devoción del rey.

(1) Este juicio procede de una pluma que no puede sospecharse fuese condescendiente: « Para juzgar á la Maintenon, es preciso ponerse en guardia contra la ira casi universal de los escritores, que hablan de ella. En la antigua monarquía se tenía tal adoración á Luis XIV, que cuando habia que hacerle un reproche, se hacia recaer la culpa en los demas. Los hugonotes creyeron ver en la Maintenon á su perseguidora, los filósofos hicieron de ella una santurróna, y los quietistas y jansenistas la echaron en cara todos sus padecimientos, solo por no imputárselos al rey. Saint-Simon, en su orgullo de duque y de par no puede perdonar á la viuda de Scarron el haber sido la mujer del rey de Francia; y sin embargo, atendiendo á la nobleza, la sobrina del amigo y compañero de armas de Enrique IV, era de mejor nacimiento que el hijo del escudero de Luis XIII. La Maintenon en sus cartas hizo un retrato de sí misma: su modestia, el no pretender ninguna especie de títulos, su reserva, la aversión que tenía á los negocios y al poder, la imparcialidad, el cuidado que ponía siempre en no hablar mal de nadie, todo formaba un extraño contraste con las preocupaciones que sus enemigos se esfuerzan en acreditar contra ella.

(2) Escribió á Felipe V: *N'ayez jamais d'attachement pour personne*.

(3) SAINT-SIMON.

(4) CAYLUS, *Deuxième entretien de Saint-Cyr*.

dos; pero hasta el escándalo debía ser privilegio real, queriendo que los excesos de los demas permaneciesen ocultos. Y aquí se ve palpablemente lo que Saint-Simon dice, que « el rey era una especie de divinidad en medio del Cristianismo, » porque sus errores fueron venerados lo mismo que él. Los contemporáneos respetaban lo que no habrían imitado; la Sevigné no usó ni siquiera una palabra de desaprobadon; sus amores eran presentados en el teatro bajo formas heroicas, no solo por Molière, sino hasta por el devoto Racine, y por esta razon sus contemporáneos se hicieron cómplices de sus faltas en el mero hecho de aprobar estas obras. Sus contemporáneos, poniendo toda su atencion en la parte dogmática de la religion mas bien que en la moral, tenían en mas las exterioridades que la virtud y el deber. El Cristianismo formaba parte de la vida de entonces como otro cualquiera ceremonial, que tenia horas fijas, y el cual servia como de pasatiempo; y se asistia al sermón del mismo modo que á una comedia (1). Colbert, tan devoto que hizo imprimir un Breviario para su familia y lo recitaba en sus viajes, no vaciló en sacar á la Vallière del monasterio de Chaillot para devolverla á los brazos de Luis. La devocion en la corte (hablo de los primeros tiempos) era agradable, y en el tiempo de la cuaresma se tenían conciertos espirituales, cabalgatas, y comedias representadas por los mejores actores, concluyendo frecuentemente las diversiones con un sermón. Cuando Luis se hizo devoto, la corte le imitó, y los desórdenes se cubrieron con la hipocresia.

Cuenta Saint-Simon que, solo una vez, durante su vida perdió Luis la misa, y que acostumbra á estar en ella de rodillas excepto durante el Evangelio, rezando la corona, que era casi lo único que sabia. Observaba rigurosamente la vigilia, y al aproximarse la cuaresma dirigia una exhortacion á la corte, prohibiendo comer carne á toda persona. En 1666 dijo lo siguiente: « Atendido á que nada puede atraer las bendiciones del Cielo sobre nos y sobre nuestro Estado como el hacer observar los santos mandamientos, y castigar á los que cometen el delito de blasfemar, jurar y detestar

(1) La Sevigné escribe: « El padre Bourdaloue predica; ¡ Dios de bondad! ninguna alabanza basta á encomiar su mérito. — Mascaron y Bourdaloue me proporcionan alternativamente placeres y satisfacciones que deben hacer de mí una santa. — Yo acostumbro á hablar alguna vez bien de mí misma como de paso, y de ello pido perdón á Bourdaloue y á Mascaron: todas las mañanas oigo al uno y al otro, la octava parte de las maravillas que dicen bastaría para formar una santa. Voy á oír una opereta de Molière que se canta en la casa de los Pellisari, cuya música es magnífica. — No hay mas que uno ó dos bailes en París en todo el carnaval, y se ha visto tan solo alguna que otra máscara. Reina gran melancolía. El padre Bourdaloue predicó un sermón que arrebató á todos, de suerte que hizo con su vehemencia temblar á los cortesanos. Jamás orador evangélico predicó tan alta y generosamente la verdad cristiana. Quería demostrar que todo poder debe estar sometido á las leyes, segun el ejemplo de Nuestro Señor, que fué presentado al templo; y te sé decir, hija mia, que lo llevó hasta lo sumo de la perfeccion, tratando ciertos puntos como lo hubiera podido hacer el apóstol San Pablo. »

su santo nombre; y viendo que no se observaban las órdenes precedentes, dió otras mas rigurosas contra el que blasfemase ó profiriese alguna palabra contra el honor de la Santísima Virgen y de los Santos. Queremos, decia, que el que fuere convicto de este delito, sea castigado por la primera vez con una multa proporcionada á sus bienes y á la magnitud de la blasfemia, cuyas dos terceras partes se aplicarán á los hospitales ó á las iglesias, y el resto al denunciador. Si reincidiere, por la segunda, tercera ó cuarta vez, será condenado á doble, triple, y cuádruple multa; por la quinta puesto á la vergüenza en dia festivo, desde las ocho de la mañana hasta la una, despues del toque; por la sexta, conducido al patíbulo y se le cortará allí el labio superior con un hierro ardiendo; la sétima tambien al mismo sitio, y se le cortará el inferior, y si se obstinase aun, se le cortará completamente la lengua. En cuanto á las blasfemias enormes que pertenecen al género de la infidelidad, y que desconocen la bondad de Dios y sus atributos, queremos sean castigadas con penas mas graves y segun el parecer de los jueces con arreglo á su maldad. » Dió bandos muy severos contra los que comiesen carne en los dias de vigilia, y contra los párrocos que se eximiesen de predicar, ó exigiesen excesivo precio por misas, bautizos y funerales. Protegió á los misioneros de Levante, garantizándoles frecuentemente con el título de cónsules, y reclamando contra la menor violencia que se les hiciese; obtuvo una capilla pública para los Cristianos de Salónica, y la restitucion de la iglesia de Belen; así como que los Cristianos no fuesen echados de Chio, y pudiesen introducirse misioneros en Alepo, y ayudó á otros para que ejerciesen el apostolado en el reino de Siam.

Tuvo por confesor al jesuita la Chaise, y despues de la muerte de este le sucedió Tellier, de la misma compañía, el cual se inclinaba mas al despotismo; y lo mucho que Luis alejaba de su persona á los demas, acrecentó el poder que sobre él ejercian los que debian verle á menudo para los asuntos espirituales. La devocion que no va acompañada de las buenas obras, es como un sepulcro barnizado, y la Maintenon se queja muchas veces en sus cartas de no hallar en el padre Tellier las emociones religiosas que ella experimentaba: « La máxima pública y general del padre la Chaise (escribe) es que los devotos no sirven para nada (1). Su principal religion, dice Duclos, era la creencia en la autoridad real. Ignorante en materia doctrinal, castigaba una herejía verdadera ó imaginaria, como una desobediencia, y creía expiar sus pecados con las persecuciones. En resumen, atendia á la disciplina y regularidad de la Iglesia, y todo lo que se apartaba de ella lo consideraba subversivo, castigándolo por consiguiente; hubiera querido que ninguno abrigase

(1) Carta de 29 de diciembre de 1693 al cardenal de Noailles.

dudas ni entusiasmo, ni manifestase curiosidad, y exigia que tuviesen buenas costumbres á los mismos á quienes daba tan mal ejemplo. »

Sin embargo, bajo el yugo de aquel despotismo consentido y autorizado, solamente la religion podia hacer que la verdad llegase á oídos del rey. Por insignificantes que hoy parezcan, debieron causar gran impresion en la corte estas palabras de Bossuet, pronunciadas cuando se miraba con rencor á la Santa Sede: « ¡ Oh Santa Iglesia Galicana, llena de ciencia, de virtud, de fuerza, espero que nunca, nunca experimentarás la desventura de separarte de la comunión romana! Quiera Dios que la posteridad te vea, cual te han visto en el discurso de los siglos, esto es, ornamento de la Cristiandad, luz del mundo, siempre una de las mas ilustres y sobresalientes partes de la Iglesia imperecedera que Cristo resucitado estableció sobre la tierra (1). »

Otras veces alabando al ambicioso monarca le hacia entrar en la moderacion (2) necesaria: « Tomad, Señor, las saludables armas de que nos habla San Pablo; la fe, la oracion, el celo, y la humildad, con cuyo auxilio puede asegurarse el triunfo en medio de los achaques y duras pruebas de esta vida. Arbitro del universo, superior hasta á la fortuna, si esta significase algo, no tenéis ya mas que un solo enemigo á quien temer; á vos mismo, Señor, á vos mismo, á vuestras victorias, á vuestra gloria, á vuestro ilimitado poder, tan necesario para gobernar el Estado, tan peligroso para regirse á sí mismo. El que todo lo puede, no puede lo bastante; quien todo lo puede, vuelve comunmente su poder contra sí mismo; cuando todo nos lo concede el mundo, es muy difícil negarnos nada. Pero la gran gloria, la gran virtud, consiste en saber, como vos, Señor, imponerse límites, y permanecer dentro de las reglas, aun cuando estas parezcan ceder á nuestra voluntad. »

La naturaleza de mi trabajo no permite ocupe mas espacio con otras cartas y consejos que daba él mismo en la instruccion titulada: *¿ En qué consiste la devocion de un rey?* Mas solo Dios sabe de qué modo conciliaba Luis aquellos continuos escándalos, y los efímeros y secretos amores con la devocion de que hacia gala. Nos regocijamos al hallar que un pobre sacerdote se negó á absolver por Pascua á la Montespan. El rey se irritó por esto; llamó al cura párroco de aquel, llamó á Bossuet, pero respondieron que habia cumplido su deber; « y (cuenta la Maintenon) Bossuet habló con tal calor, introdujo tan á tiempo en su discurso la gloria y la religion, que el rey, no ocurriéndosele nada que contraponer á la verdad, se levantó conmovido, y exclamó: *No la volveré á ver* (3). »

(1) *Oeuvre de Bossuet* (edic. de Beaucé Rusand), tomo IV, página 340.

(2) *Id.*, p. 349.

(3) Escribe á la condesa de Saint-Gerán: « Je vous l'avais bien dit que M. de Condon jouerait dans cette affaire un

Bossuet se encargó de despedirla y lo consiguió por algun tiempo. Entonces Luis, dirigiéndose al rígido Bourdaloue, que habia predicado en la corte contra el adulterio, y aterrado con el *Tu es de David*, dijo: *Padre, debéis estar bien satisfecho de mí; Madama se halla en Clagny; pero el inflexible jesuita respondió: Dios estaria mas satisfecho si Clagny se hallase á setenta leguas de Versalles.*

Con este motivo escribia Bossuet al rey: « Mis inquietudes por vuestra salud aumentan de dia en dia, porque entreveo cada vez mas vuestros peligros. Os ruego ordenéis al padre La Chaise me mande razon del estado en que os halléis, y yo me contemplaré feliz si veo que la ausencia y los negocios empiezan á dar el resultado que hemos esperado... Segun vuestras órdenes, visito á menudo á la señora de Montespan, y la encuentro bastante tranquila. Se ocupa mucho en hacer buenas obras, y la veo muy conmovida con las verdades que le propongo, del mismo modo que lo hago con vuestra Majestad. ¡ Quiera Dios que penetren en el corazon de entrambos, consumando así su obra, á fin de que tantas lágrimas y tantos sufrimientos, como os habéis impuesto, no sean inútiles (1)! »

Los muchos amigos que, por medio de la Montespan, llegaban hasta el rey y obtenian sus favores, estimularon la pasion de este. Bossuet acudió, pero Luis le detuvo diciendo: *No me digáis nada; he dado ya orden para que se prepare una habitacion en palacio á la señora de Montespan.* Ultimamente, desterró á esta, pero ¿ podrá llamarse arrepentimiento á un cambio de amores (2)?

Ademas de las cosas del alma, cuidaba tambien Bossuet de los intereses del pueblo, y escribia á Luis lo siguiente: « Habéis nacido con un amor decidido á la justicia, con una bondad y dulzura inapreciables: en esto ha puesto Dios la mayor parte de vuestros deberes.... Vuestro trono pertenece á Dios; ocupáis su puesto, y debéis reinar con arreglo á sus leyes. Las leyes que con él os ha impuesto son, que vuestro poder no sea temido sino de los malos, y que los demas puedan vivir en paz

» personnage de dupe. Il a beaucoup d'esprit, mais il n'a pas celui de la cour. Avec tout son zèle, il a fait précisément ce que Lauzun aurait eu honte de faire. Il voulait les convertir, et il les a raccommodés. C'est une chose inutile, mais dame, que tous ces projets: il n'y a que le père La Chaise qui puisse les faire réussir. Il a déploré vingt fois avec moi les égarements du roi; mais pourquoi ne lui interdit-il pas absolument l'usage des sacrements? Il se contente d'une demi-conversion. Vous voyez bien qu'il y a du vrai dans les Petites Lettres. Le père La Chaise est un honnête homme; mais l'air de la cour gâte la vertu la plus pure, et adoucit plus sévère. »

(1) *Oeuvres de Bossuet*, tom. XLI, pag. 166 y siguientes.

(2) El cargo de preceptor de monseñor habia familiarizado á Bossuet con el rey, que en mas de una ocasion habia acudido á él para consultarle acerca de sus escrúpulos, y Bossuet le hablaba frecuentemente con una libertad digna de los primeros siglos y de los primeros obispos de la Iglesia. A veces tambien puso coto á sus acciones y se atrevió á seguir al que se le habia escapado. Por último hizo que cesase todo comercio, y coronó esta gran obra merced á los esfuerzos que dieron por resultado la salida de la Montespan de la corte. » SAINT-SIMON.